

## OPINIÓN



UNA PALABRA EN EL AGUA

CARRILLO

NO DIGÁIS QUE  
FUE UN SUEÑO

La nostalgia de la Transición obedece a que es la última gesta colectiva española que merece una cierta épica histórica

A Adolfo Suárez, en sus 80 años

Si la Transición permanece rodeada de un bucle de melancolía, como de esplendores perdidos o de fantasmas errantes, no es tanto por la añoranza de una generación que se ha vuelto carroza sino porque a estas alturas sigue siendo para los españoles contemporáneos lo mejor que hemos hecho. La refundación democrática es la obra maestra de la España moderna, y desde entonces no hay en la Historia reciente ninguna gesta que merezca la épica colectiva salvo, como dice David Gistau, el gol de Iniesta. El espíritu de aquella etapa, el célebre consenso, permanece como un mito de la memoria común pese al alejamiento de los jóvenes y al concienzudo esfuerzo revisionista de Zapatero, que se dedicó a demoler su vigencia para sustituirla por el referente aún más lejano de la legitimidad republicana. El modelo del período constituyente, con los defectos que han allorado por el desgaste y el tiempo, persiste como paradigma del éxito nacional porque es el único proyecto en siglos construido desde los valores del pacto y la concordia.

También tiene que ver en su nostalgia el hecho de que fuese una época de grandes liderazgos, que ahora se echan en falta frente al rigor de una crisis política, económica y social. Aquellos dirigentes eran líderes en un sentido puro, primordial; tipos capaces de conducir a la gente hacia un objetivo a base de persuasión, ejemplo y generosidad. Vista desde hoy, fascina de la Transición el coraje, la audacia y la determinación con que un puñado de valientes convenció al país de la necesidad de un compromiso que implicaba muchas renunciaciones mutuas. El Rey y Suárez persuadieron a los franquistas para que aceptasen la democracia; Carrillo impuso a los comunistas el credo de la reconciliación; González eliminó el marxismo de los estatutos del PSOE; Tarradellas abdicó del soberanismo catalán para abrazar el régimen autonómico. Hoy basta ver lo que pasa en la propia Cataluña, con sus gobernantes desbordados por la oleada de la secesión, para comprobar que la política sigue el dictado volátil de la opinión pública como una corriente sin retorno. Rajoy, que por talante, moderación y pragmatismo podría ser el eslabón de enlace con aquel concepto de la responsabilidad pública, gobierna como si en efecto tuviese que convencer a los suyos de que deben sacrificar un programa por razones de fuerza mayor, pero se le ha olvidado explicarlo, o no ha tenido tiempo o no sabe. Y los pactos de Estado se han convertido en leyenda urbana porque el patriotismo no encuentra sitio para manifestarse entre los intereses de partido o de casta.

Pero no se trata de un bufo: el consenso existió, y aunque el hombre que lo ensambló a la Historia anda hoy perdido en el laberinto brunoso y desencajado de la desmemoria, quienes sí pueden recordar deberían esforzarse en evitar que se borre la

*zarca húmeda de su legado*